

Publicado en www.relats.org

**LECTURAS SOBRE
FUTURO DEL TRABAJO
DESDE EL PASADO**

PAUL LAFARGUE

**El derecho a la pereza, 1880
(Refutación del derecho al trabajo de 1848)**

Selección de contenidos textuales

2018¹

En los intercambios que se suceden desde hace algunos años, encuadrados en lo que se está denominando “cuarta revolución industrial”², vuelven a manifestarse, como en los ciclos tecnológicos previos, el par “optimismo”/“pesimismo”.

Ello se manifiesta sobre todo en relación a un aspecto cuantitativo, es decir, el saldo neto de creación y destrucción de empleo. Dado que en el pasado prevaleció en general un balance positivo, la disyuntiva es ahora entre si “la historia siempre se repite” o la de que “esta vez será diferente”³.

¹Acuerdo RELATS-Centro Alfredo Ferrarese/ADEF, por Felipe Fossatti y Alvaro Orsatti, 2018

² El “futuro del trabajo” es la denominación utilizada por OIT desde 2013, en el contexto de la Iniciativa del Centenario (para celebrar los cien años de la Organización, en 2019). La expresión “cuarta revolución industrial” (o “Industria 4.00”) comenzó a utilizarse desde inicios de esta década, aún cuando otros analistas mantienen la de “segunda”.

³ Esta disyuntiva, en forma de pregunta, ha sido planteada por OIT en sus primeros textos para esta discusión (2016). El otro eje de la discusión sobre futuro del trabajo, referido a los aspectos cualitativos, es claramente más pesimista, a la vista del crecimiento permanente del “empleo precario”/“empleo atípico”, y la tendencia a ahorro de mano de obra por la robotización en muchos sectores económicos.

Este artículo forma parte de una serie de “Lecturas sobre el futuro del trabajo desde el pasado”, identificando autores que, desde períodos alejados en el tiempo, aportan elementos para el debate contemporáneo.

Tal vez el autor más citado en esta perspectiva es el economista inglés J.M.Keynes, que, inmediatamente antes y después de la “crisis del 29” (1928-1930), daba conferencias sobre las posibilidades de resolver lo que él mismo había bautizado como “desempleo tecnológico” El artículo que ha trascendido de esas charlas se denomina “Las posibilidades económicas de nuestros nietos” La perspectiva allí utilizada se centraba en señalar el efecto liberador de la tecnología, a través del aumento de la productividad, en la necesidad de mano de obra, permitiendo un aumento de la calidad de vida. t

Un antecedente directo de la argumentación de Keynes es, cincuenta años antes, el texto del cubano-francés Paul Lafargue (“Elogio de la pereza”, 1880). Lafargue era yerno de Carlos Marx, con actuación destacada en la Comuna de París, manteniendo una polémica sobre la no toma de posición respecto del episodio mencionado en el título del documento, señalando diversos antecedentes históricos (antigua Grecia, cristianismo original). En la evaluación de su perspectiva hay que tener en cuenta que su formación inicial fue anarquista (Proudhon)

Este artículo presenta una selección de los contenidos textuales de ese artículo, aunque eliminando giros y argumentaciones secundarias

(Sobre las sociedades antiguas)

Los filósofos estaban de acuerdo cuando se trataba de despreciar el trabajo, por considerar que degradaba al hombre libre. Solamente a los esclavos les estaba permitido trabajar. El hombre libre no conocía más que los ejercicios corporales y los juegos de la inteligencia. Los poetas cantaban la pereza, ese regalo de los dioses.

Los romanos sólo conocían dos oficios nobles y libres: la agricultura y las armas. Todos los ciudadanos vivían a expensas del tesoro, sin poder ser obligados a proveer su subsistencia. Para tener guerreros y ciudadanos, los filósofos y los legisladores antiguos toleraban a los esclavos en sus Repúblicas.

Cuando Bruto quiso levantar al pueblo, acusó sobre todo a Tarquino, el tirano, de haber convertido a libres ciudadanos en artesanos y albañiles

La guerra era el estado normal de las sociedades antiguas: el hombre libre debía consagrar su tiempo a discutir las leyes del Estado y a velar por su defensa, no las “sórdidas artes”, como llamaban al trabajo. Los oficios eran entonces demasiado primitivos y groseros para poder cumplir, ejercitándolos, con su propia misión de soldado y ciudadano.

Citas:

-Herodoto: «Yo no podría afirmar que los griegos hayan recibido de los egipcios el desprecio al trabajo, por cuanto encuentro establecido el mismo desprecio entre los tracios, los escitas, los persas y los árabes; en una palabra, porque en la mayoría de los bárbaros, los que aprenden las artes mecánicas y también sus hijos, son considerados como los últimos de los ciudadanos... Todos los griegos han sido educados en este principio, particularmente los lacedemonios»

«En Atenas, los ciudadanos eran verdaderos nobles, que no debían ocuparse más que de la defensa y de la administración de la comunidad, como los guerreros salvajes de los cuales descendían. Debiendo tener todo su tiempo libre para velar con su fuerza intelectual y corporal por los intereses de la República, encargaban todo trabajo a los esclavos. Lo mismo sucedía en Lacedemonia, donde a las mujeres les estaba prohibido hilar y tejer, so pena de quedarse derogada su nobleza».

-Platón: «La naturaleza no ha hecho al zapatero ni al herrero; tales ocupaciones degradan a los que las ejercen. En cuanto a los negociantes, habituados a mentir y engañar, serán tolerados en la ciudad como un mal necesario. El ciudadano que se degrada con los negocios comerciales debe ser castigado por este delito»

-Jenofonte: «Las personas que se dan a los trabajos manuales nunca son elevadas a cargos públicos, y con razón. Condenados casi siempre a estar sentados todo el día y a soportar, algunos, un fuego continuo, no pueden menos que tener el cuerpo alterado, y es bien difícil que el espíritu no se resienta». «El trabajo ocupa todo el tiempo y no queda nada de él para la República y los amigos».

-Cicerón: «¿Qué puede salir de honorable de un negocio y qué puede producir de honesto el comercio? Todo lo que se llama negocio es indigno de un hombre honrado... Los negociantes no pueden ganar sin mentir, y ¿qué hay más vergonzoso que la mentira? Por lo tanto, es necesario considerar como algo bajo y vil el oficio de todos los que venden su pena o su industria; puesto que cualquiera que cambie su trabajo por dinero, se vende y se pone a nivel de los esclavos»

-Plutarco: «El gran título de Licurgo —el más sabio de los hombres— a la admiración de la posteridad era el haber concedido ocios a los ciudadanos de la República, prohibiéndoles toda clase de oficio»

-Aristóteles: «Si todo instrumento pudiera ejecutar por sí solo su propia función, moviéndose por sí mismo, como las cabezas de Dédalo o los trípodes de Vulcano, que se dedicaban espontáneamente a su trabajo sagrado; si, por ejemplo, los husos de los tejedores tejieran por sí solos, ni el maestro tendría necesidad de ayudantes, ni el patrono de esclavos».

-Antíparos (poeta griego de la época de Cicerón)

Sobre la invención del molino de agua (para la molienda del trigo):

«¡Ahorrad el brazo que hace girar la piedra, oh molineras, y dormid tranquilamente! ¡Que en vano os advierta el gallo que es de día! Dánae ha impuesto a las ninfas el trabajo de las esclavas, y ahí están brincando alegremente sobre la rueda, y ahí está el eje sacudido que con sus rayos hace girar la pesada piedra. Vivamos de la vida de nuestros padres y gocemos ociosos de los dones que la diosa concede.»

También:

Cristo, en su sermón de la montaña, predicó la pereza: «Contemplad cómo crecen los lirios de los campos; ellos no trabajan, ni hilan, y sin embargo, yo os lo digo, Salomón, en toda su gloria, no estuvo más espléndidamente vestido».

Jehová, el dios barbudo y de aspecto poco atractivo, dio a sus adoradores el supremo ejemplo de la pereza ideal: después de seis días de trabajo se entregó al reposo por toda la eternidad.

Además:

Todos los pueblos primitivos han dado estas pruebas de afecto a los suyos: los Masagetas del Mar Caspio (Heródoto), lo mismo que los Wens en Alemania y los Celtas de la Galia.

Los indios de las tribus guerreras del Brasil matan a sus enfermos y a sus ancianos; así atestiguan su amistad poniendo fin a una vida que ya no se regocijará con los combates, las fiestas y las danzas.

En la Edad Media, las leyes de la iglesia garantizaban a los obreros 90 días de reposo al año domingos y 38 días feriados— en los cuales estaba terminantemente prohibido trabajar. Fue éste el gran crimen del catolicismo, la causa primera de la irreligiosidad de la burguesía industrial y comerciante.

Rabelais, Quevedo, Cervantes, los autores desconocidos de las novelas picarescas, nos hacen la boca agua con las escenas de aquellas

monumentales comilonas con que se regalaban en aquella época entre dos batallas y dos devastaciones y en las que no se escatimaba en nada.

Jordáens y la escuela flamenca de pintura nos las han reproducido en sus telas vivaces. La sombría Inglaterra, convertida en la mojigata del protestantismo, se llamaba entonces la «alegre Inglaterra» (Merry England).

(la revolución burguesa)

En los siglos XV y XVI, la burguesía se había revestido alegremente con las tradiciones del paganismo y glorificaba la carne y sus pasiones, algo reprobado por la moral cristiana. En su lucha contra la nobleza sostenida por el clero, enarboló la bandera del ateísmo.

La burguesía, una una vez triunfante, cambió de tono y de apariencia; y hoy se apoya en la religión su supremacía económica y política.

Apenas asumió el poder, abolió los días fiesta y reemplazó la semana por la década, a fin de que el pueblo no tuviera más que un día de descanso cada diez. Enrique IV pidió su reducción al papa, quien se negó, por ser «una herejía en boga tocar los días de fiesta». (Carta del cardenal de Ossat.) Pero, en 1666, Péréfixe, arzobispo de París, suprimió 17 en su diócesis.

Hoy predica la abstinencia para los asalariados productores, reduce al mínimo sus necesidades, suprime sus goces y sus pasiones, y los condena al papel de máquina redentora del trabajo.

Los curas, los economistas y los moralistas, han sacro-santificado el trabajo.

El protestantismo, ha sido la religión cristiana acomodada a las nuevas necesidades industriales y comerciales de la burguesía.

La reforma religiosa y el librepensamiento filosófico no fueron más que pretextos de los que se valió la burguesía jesuítica y rapaz para escamotear al pueblo los días festivos

En el año 1770 apareció en Londres un escrito anónimo bajo el título An Essay on Trade and Commerce, que en aquella época hizo cierto ruido. Su autor, un gran filántropo, se indignaba porque: «(...) a la plebe manufacturera inglesa se le había metido en la cabeza la idea fija de que, como ingleses, todos los individuos que la componen tienen por derecho de nacimiento el privilegio de ser más libres y más independientes que los obreros de cualquier país de Europa. Esta idea puede ser útil respecto a los soldados, porque estimula su valor; pero cuanto menos estén imbuidos los obreros de las manufacturas de tal idea, tanto mejor será para ellos mismos y para el estado. Los obreros no deberían nunca considerarse independientes de sus superiores. Es extremadamente peligroso alentar tales caprichos en un estado comercial como el nuestro, donde tal vez las siete octavas partes de la población poseen muy poca o ninguna propiedad. La cura no se completará hasta que los pobres

de la industria se resignen a trabajar seis días por la cantidad que ahora ganan en cuatro».

A continuación, proponía encerrar a los pobres «en casas ideales de trabajo» (ideal workhouses), donde se obligaría a trabajar catorce horas diarias, de modo que, descontando el tiempo de las comidas, quedarían siempre doce horas de trabajo llenas y enteras».

En paralelo, Napoleón escribía desde Orterode: «Cuanto más trabajen mis pueblos, menos vicios tendrán. Yo soy la autoridad..., y estaría dispuesto a ordenar que el domingo, pasada la hora del servicio divino, se reabrieran los negocios y volvieran los obreros a su trabajo.»

Doce horas de trabajo por día; he ahí el ideal de los filántropos y de los moralistas del siglo XVIII. Los talleres modernos se han convertido en casas de corrección; donde se encarcela a las masas obreras, y se los condena a trabajos forzados de doce y catorce horas diarias.

Nuestro siglo —dicen— es el siglo del trabajo. En efecto, es el siglo del dolor, de la miseria y de la corrupción. Los filósofos y economistas burgueses, han entonado cánticos en honor del dios Progreso, el hijo primogénito del Trabajo.

Escuchándolos, se podría creer que la felicidad empezaba a reinar en la tierra, que ya se sentía su llegada. Han ido a los siglos pasados a revolver el polvo y las miserias feudales para ahuyentar las delicias de los tiempos presentes.

Veamos lo que dicen los observadores de la manufactura en Alsacia, en 1813, y veinticinco años después. Primero, la situación del artesano de la antigua industria: « los obreros eran todos hijos del país, habitaban las ciudades y los pueblos próximos y poseían casi todos una casa y muchas veces un pequeño campo» Luego: «Un gran número, cinco mil sobre diecisiete mil, estaban obligados, por el elevado precio de los alquileres, a vivir en los pueblos próximos. Algunos vivían a dos leguas y cuarto de la fábrica donde trabajaban. El trabajo empezaba a las cinco de la mañana y concluía a las cinco de la tarde, tanto en verano como en invierno... Hay que verlos llegar todas las mañanas a la ciudad y partir todas las noches. Hay entre ellos una multitud de mujeres pálidas, descarnadas, que caminan descalzas entre el barro y que, a falta de paraguas cuando llueve o nieva, llevan el delantal echado sobre la cabeza para preservarse la cara y el cuello; y un número aún más considerable de niños, no menos sucios y demacrados, cubiertos de harapos manchados de aceite de las máquinas que les cae encima durante el trabajo. Estos niños, mejor preservados de la lluvia por la impermeabilidad de sus vestidos, ni siquiera tienen, como las mujeres, una canasta al brazo donde llevar las provisiones del día; llevan en la mano, debajo del saco o como pueden, el pedazo de pan que debe sustentarlos hasta que vuelven a sus casas. Así, a la fatiga de una jornada desmesuradamente larga, de quince

horas mínimo, estos desgraciados tienen que agregar la de las idas y venidas, tan penosas y tan frecuentes. Resulta que llegan por la noche a sus casas, agobiados por la necesidad de dormir, y que al día siguiente, sin estar completamente reposados, tienen que levantarse para encontrarse puntualmente en la fábrica a la hora de la apertura.... He visto aquellos miserables albergues donde dormían dos familias cada una en un rincón sobre paja, tirada por el suelo, y separadas por dos tablas solamente... La miseria en que viven los obreros de la industria algodonera en el Departamento del Alto Rhin es tal, que mientras en las familias de los fabricantes, negociantes, directores de talleres, etc., la mitad de los niños llega a los veintiún años, esta misma mitad deja de existir antes de cumplir el segundo año en las familias de los tejedores y de los obreros de las hiladoras de algodón» «Aquello no es un trabajo, una tarea; es una tortura que se impone a niños de seis a ocho años... Este largo suplicio es lo que mina cotidianamente a los obreros de las hiladoras de algodón.» «Había fabricas donde la jornada era de dieciséis horas, en las cuales no se concedía a los obreros más que una hora y media de pausa para las comidas»

Los filántropos llaman bienhechores de la humanidad a los que, para enriquecerse sin trabajar, dan trabajo a los pobres.

Trabajad proletarios, para aumentar la fortuna social y vuestras miserias individuales; trabajad, trabajad para que, haciéndoos cada vez más pobres, tengáis más razón de trabajar y de ser miserables. Tal es la ley inexorable de a producción capitalista.

Introducid el trabajo fabril, y adiós alegrías, salud, libertad; adiós todo lo que hace bella la vida y digna de ser vivida

Los economistas no se cansan de repetir a los obreros: «¡Trabajad, trabajad para aumentar la fortuna social!» Sin embargo, uno les contesta: «Las naciones pobres son aquellas en que el pueblo vive con comodidad; las naciones ricas son aquellas en que, por lo regular, vive en la estrechez.»

Y un discípulo añade: «Los trabajadores, al cooperar con la acumulación de capitales productivos, contribuyen por sí mismos al acontecimiento que, tarde o temprano, deberá privarles de una parte de sus salarios.» La imposición legal del trabajo es demasiado penosa, exige demasiada violencia y hace demasiado ruido; el hambre, por el contrario, es no solamente una presión pacífica, silenciosa, incesante, sino que, siendo el móvil más natural del trabajo y de la industria, provoca también los esfuerzos más potentes.

Mientras el fabricante tiene crédito, alienta sin cesar la pasión del trabajo, acumulando deudas sobre deudas para proveer de materia prima a sus obreros. Hace producir sin pensar que el mercado se satura, y que, si sus mercancías no llegan a venderse, sus pagares llegarán al vencimiento. Llega, finalmente, la quiebra, y los depósitos desbordan; se arrojan Las mercancías por la ventana.

Pero antes de tomar esta decisión, los fabricantes recorren el mundo entero buscando una salida para las mercancías que se amontonan; obligan a sus gobiernos a anexionarse Congos, a conquistar el Tonk, la Eritrea, el Dahomey, y a demoler a cañonazos las murallas de la China, con el único fin de poder despachar sus géneros de algodón.

Durante los últimos siglos, tuvo lugar un duelo a muerte entre Francia e Inglaterra para decidir quién gozaría del privilegio exclusivo de vender en América y en las Indias. Millares de hombres jóvenes y vigorosos han tenido que enrojecer el mar con su sangre en las guerras coloniales de los siglos xvi, xvii y xviii.

Los capitales abundan como las mercancías. Los financieros no saben ya dónde colocarlos, y van, por eso, a las naciones felices que gandulean al sol fumando tranquilamente, a construir ferrocarriles, a erigir fabricas, a importar la maldición del trabajo.

A medida que la máquina se perfecciona y sustituye con una rapidez y precisión cada vez mayor al trabajo humano, el obrero, en vez de aumentar su reposo en la misma cantidad, redobla aún más su esfuerzo, como si quisiera rivalizar con la máquina.

Una buena obrera no hace con su huso más de cinco mallas por minuto; ciertas máquinas hacen treinta mil en el mismo tiempo. Cada minuto de la máquina equivale, por consiguiente, a cien horas de trabajo de la obrera, o, lo que es igual: cada minuto de trabajo de la máquina concede a la obrera diez días de reposo. Lo que es cierto para la industria de los tejidos lo es, más o menos, para todas las industrias renovadas por la máquina moderna.

Para dar libre curso a esta competencia entre el hombre y la máquina, se han abolido las sabias leyes que limitaban el trabajo de los artesanos de las antiguas corporaciones, y han suprimido los días de fiesta⁴⁰.

El hombre restringe su estómago y la máquina aumenta su productividad, cuando los economistas predicán la teoría malthusiana, la religión de la abstinencia y el dogma del trabajo!

Al principio de la producción capitalista, hace uno o dos siglos, el burgués era un hombre ordenado, de costumbres moderadas y pacíficas; se contentaba con su mujer o casi, bebía cuando tenía sed, comía cuando tenía hambre. Dejaba a los cortesanos y cortesanas las nobles virtudes de la vida disoluta.

La abstinencia, a la cual se condena la clase productora obliga a los burgueses a consagrarse al sobreconsumo de los productos que fabrica desordenadamente.

Para cumplir con su doble función social de improductor y de sobreconsumidor, el burgués no sólo tiene que violentar sus gustos modestos, perder sus costumbres laboriosas de hace dos siglos, y darse al lujo desenfrenado, a las indigestiones trufadas y a las disoluciones sifilíticas, sino que tiene que

sustraer al trabajo productivo una masa enorme de hombres, para procurarse ayuda.

Hay que añadir la numerosa clase de los consagrados exclusivamente a satisfacer los gustos dispendiosos y fútiles de las clases ricas: pulidores de diamante, costureras de encajes, bordadoras, modistas de lujo, encuadernadores de lujo, decoradores de residencias secundarias, etc.

Además, con el fin de alejar este peligro, la burguesía se rodea de pretorianos, policías, magistrados y carceleros mantenidos en una improductividad laboriosa.

.Para ser aliviada en su penoso trabajo, la burguesía ha retirado de las clases obreras una masa de hombres mucho mayor a la que queda consagrada a la producción útil, y la ha condenado, a su vez, a la improductividad y al sobreconsumo.

Pero no se alcanza a consumir todas las mercancías que los obreros, embrutecidos por el dogma del trabajo, producen como maniáticos, sin quererlas consumir y sin pensar siquiera si se encontrarán suficientes personas para consumirlas.

Ante esta doble locura de los obreros, de matarse trabajando con exceso y de vegetar en la abstinencia, el gran problema de la producción capitalista no es ya el de encontrar productores y de duplicar sus fuerzas, sino de descubrir consumidores, excitar sus apetitos y crearles necesidades ficticias.

Como los obreros europeos, temblando de frío y de hambre se niegan a vestirse con lo que han tejido, a consumir el vino que han cosechado; los pobres fabricantes se ven obligados a correr a los antípodas en busca quienes quieran vestirlos y beberlos.

Se exportan valores a los cuatro vientos, por no saber qué hacer con ellos⁴⁶. Pero los continentes explorados no son lo suficientemente vastos; se necesitan países vírgenes. Los fabricantes de Europa sueñan noche y día con el África,

Mas todo es inútil: burgueses que se empachan, clase doméstica que supera a la clase productora, naciones extranjeras y bárbaras que se inundan de mercancías europeas; nada puede acabar con las montañas de productos amontonados.

La productividad de los obreros europeos desafía todo consumo, todo derroche. Los fabricantes ya no saben qué hacer, viéndose en la imposibilidad de encontrar suficiente materia prima para satisfacer la pasión de sus obreros por el trabajo.

En Lyon, en lugar de dejar a la fibra de la seda su pureza y su flexibilidad natural, se la recarga de sales minerales que la hacen más pesada, mucho más frágil y de menos uso. Todos nuestros productos son alterados a fin de facilitar su salida y abreviar su existencia.

Nuestra época será llamada la edad de la falsificación, como las primeras épocas de la humanidad recibieron los nombres de edad de piedra y edad de bronce, por el carácter de su producción.

Estas falsificaciones, que tienen como única motivación un sentimiento humanitario, pero que producen soberbias ganancias a los fabricantes que las practican, si bien son desastrosas por la calidad de las mercancías y constituyen una fuente inagotable del derroche del trabajo humano, demuestran la ingeniosidad filantrópica de los burgueses y de la perversión de los obreros que, por satisfacer su vicio por el trabajo, obligan a los industriales a sofocar los gritos de su conciencia y a violar hasta las leyes de la honradez comercial.

Algunos ignorantes acusan de fraude a nuestros caritativos industriales, cuando en realidad lo que les impulsa es dar trabajo a los obreros, que no pueden resignarse a vivir de brazos cruzados.

Y, sin embargo, a pesar de la sobreproducción de mercancías, no obstante las falsificaciones industriales, los obreros llenan el mercado en cantidades sin número, implorando ¡trabajo!

Tanta sobreabundancia debería obligarlos a sofocar su pasión; al contrario, esto los lleva al paroxismo. Allí donde apenas surge una posibilidad de trabajo, allí se precipitan, y una vez que lo han obtenido, reclaman doce o catorce horas para poderse saciar; al día siguiente.

Todos los años, en todas las industrias, se repiten las huelgas obligatorias con la regularidad de las estaciones. Al sobretrabajo que aniquila el organismo, sucede el reposo absoluto durante 2 ó 4 meses, y. ¡sin trabajo no hay pan!'

Lo que no ha osado jamás el pueblo, engañado en su simpleza por los moralistas, lo ha osado un gobierno aristocrático. El gobierno inglés, despreciando las altas consideraciones morales e industriales de los economistas, que gritaban que disminuir una sola hora de trabajo era decretar la ruina de la industria inglesa, prohibió con una ley trabajar más de diez horas por día; e Inglaterra continuó siendo, como antes, la primera nación industrial del mundo.

Los industriales, en nombre de la explotación capitalista, han pedido desde hace mucho tiempo una limitación legal de la jornada de trabajo.

Ante la Comisión de 1860 sobre la enseñanza profesional, uno de los más grandes fabricantes de Alsacia, declaraba: «Que la jornada de doce horas era excesiva, debiendo ser reducida a once, y que el sábado debía cesar el trabajo a las dos. Yo aconsejo la adopción de esta medida, aunque parezca onerosa a primera vista; nosotros la hemos experimentado durante cuatro años en nuestros establecimientos industriales, y nos hallamos satisfechos: la producción media, lejos de haber disminuido, ha aumentado.»

Otro gran industrial belga decía: «Nuestras máquinas, a pesar de ser iguales a las de las fábricas inglesas, no producen lo que deberían producir y lo que producirían si estuvieran en Inglaterra, aunque trabajan dos horas menos al día. [...] Nosotros trabajamos dos largas horas de más; estoy convencido de que si trabajáramos once horas, en vez de trece, tendríamos la misma producción y produciríamos, por consiguiente, más económicamente.» Por otra parte, afirma el Sr. Leroy-Beaulieu que «ha observado un gran fabricante belga que en las semanas donde hay un día feriado, no es inferior la producción a la de las semanas ordinarias»

(Sobre las clases obreras)

Una extraña locura se ha apoderado de las clases obreras de los países en que reina la civilización capitalista. Esa locura es responsable de las miserias individuales y sociales que, desde hace dos siglos, torturan a la triste humanidad.

Esa locura es el amor al trabajo, la pasión moribunda del trabajo, que llega hasta el agotamiento de las fuerzas vitales del individuo y de su prole.

Los proletarios, atrofiados y embrutecidos por el dogma del trabajo, no comprenden que la causal de su miseria presente es el sobretrabajo que se impusieron en los tiempos de pretendida prosperidad.

La clase trabajadora, en su ingenuidad y buena fe, se ha dejado adoctrinar, y se ha arrojado ciegamente al trabajo y a la abstinencia. Vende doce o catorce horas de trabajo por la tercera parte del precio que exigían cuando tenían trabajo de sobra.

Los obreros no han podido llegar a comprender que para que haya trabajo para todos es preciso racionarlo como el agua en un navío en peligro.

El proletariado, traicionando sus instintos e ignorando su misión histórica, se ha dejado pervertir por el dogma del trabajo.

Duro y terrible ha sido su castigo. Todas las miserias individuales y sociales son el fruto de su pasión por el trabajo.

¿No pueden comprender los obreros que matándose a trabajar agotan sus fuerzas y las de su progenitura; que aniquilándose llegan prematuramente a ser incapaces de todo trabajo; no son ya hombres, sino troncos de hombres; que matan en ellos todas las bellas facultades para dejar únicamente en pie la locura del trabajo?

Como loros repiten la lección de los economistas: «Trabajemos para aumentar la riqueza nacional.» Precisamente porque trabajáis demasiado se desarrolla con lentitud el maquinismo industrial

Un economista dice: «Es, generalmente, sobre las condiciones de la mano de obra como se regula la revolución en los métodos de trabajo. Mientras la mano de obra ofrece sus servicios a bajo precio, se la prodiga; cuando se encarece, se procura hacerla innecesaria.»

Los proletarios, prestando atención a las falaces palabras de los economistas, se han entregado en cuerpo y alma al vicio del trabajo, contribuyendo con esto a precipitar la sociedad entera en esas crisis industriales de sobreproducción que trastornan el organismo social. Entonces, como hay abundancia de mercancías y escasez de compradores, se cierran las fábricas, y el hambre azota a las poblaciones obreras.

El proletariado enarboló la divisa: Quien no trabaja, no come; Lyon, en 1831, se sublevó al grito de morir combatiendo o vivir trabajando; En 1848, en la Comuna de París, también se han dejado degradar por la religión del trabajo hasta el punto de aceptar como una conquista revolucionaria, la ley que limitaba el trabajo en las fábricas a doce horas por día! Proclamaban como un principio revolucionario el derecho al trabajo. ¡Vergüenza para el proletariado francés! . Los federados de marzo de 1871 declararon que su rebelión era la Revolución del trabajo.

El oficio automático del self acting mule de las fabricas de tejidos fue inventado y puesto en práctica en Manchester porque los tejedores se negaban a trabajar tanto tiempo como antes.

En los Estados Unidos, la máquina invade todos los ramos de la producción agrícola, desde la fabricación de la mantequilla hasta la siembra del trigo. ¿Por qué? Porque el americano, libre y perezoso, preferiría mil muertes a la vida bovina del campesino francés.

La labranza, tan penosa en la gloriosa Francia como rica en agujetas, es en el Oeste americano un agradable pasatiempo, que se goza sentados y al aire libre, y fumando negligentemente en pipa.

(Propuestas)

Será necesario prohibir, y no imponer, el trabajo. Debe obligarse a no trabajar más de tres horas diarias, holgazaneando y gozando el resto del día y de la noche.

¿Por qué no obligar a cada obrero a conformarse con seis o cinco horas diarias durante todo el año, en vez de tomar indigestiones de doce horas de trabajo por día durante seis meses?

Para que los proletarios lleguen a la conciencia de su fuerza es necesario que pisoteen los prejuicios de la moral «cristiana», económica y librepensadora; es necesario que vuelva a sus instintos naturales, que proclame los Derechos a la pereza, más nobles y más sagrados que los tísicos Derechos del hombre, concebidos por los abogados metafísicos de la revolución burguesa

Teniendo segura su parte diaria de trabajo, los obreros no tendrán ya celos entre sí, ni se pelearán por arrancarse el trabajo de las manos y el pan de la boca. Así, descansados de cuerpo y espíritu, empezarán a practicar las virtudes de la pereza.

Los socialistas revolucionarios deben volver a empezar la lucha sostenida en su tiempo por los filósofos y los panfletistas de la burguesía; deben asaltar la moral y las teorías sociales del capitalismo y extirpar, de la mente de la clase llamada a la acción, los prejuicios sembrados por la clase dominante.

El proletariado, la gran clase de los productores de todos los países, la clase que, emancipándose, emancipará a la humanidad del trabajo servil y hará del animal humano un ser libre

Para forzar a los capitalistas a perfeccionar sus maquinas de madera y de hierro, es preciso elevar los salarios y disminuir las horas de trabajo de las máquinas de carne y hueso

El trabajo se convertirá en un condimento de los placeres de la pereza, en un ejercicio benéfico al organismo humano y en una pasión útil al organismo social cuando sea sabiamente regularizado y limitado a un máximo de tres horas, es una tarea ardua y superior.

Dados los medios modernos de producción y su potencia reproductiva ilimitada, es necesario dominar la extravagante pasión de los obreros por el trabajo, y obligarlos a consumir las mercancías que producen.

Deben proclamar, a la faz de todos los hipócritas de la moral, que la tierra dejará de ser el valle de lágrimas de los trabajadores.

En la sociedad comunista que nosotros fundaremos —pacíficamente, si es posible; si no, violentamente— las pasiones humanas tendrán rienda suelta, ya que «todas son buenas por naturaleza. Sólo debemos evitar su mal uso y su exceso, y esto último sólo se evitará con el contrabalanceo mutuo. Sólo cuando una raza alcanza el máximo de su desarrollo físico llega también al más alto grado de su vigor moral. Tal era también la opinión del gran naturalista Charles Darwin

Si disminuyendo las horas de trabajo se conquistan nuevas fuerzas mecánicas para la producción social, obligando a los obreros a consumir sus productos, se conquistará un inmenso ejército de fuerzas de trabajo. La burguesía, aliviada así de su tarea de consumidora universal, se apresurará a licenciar esa turba de soldados, y en su caso, a despedir magistrados, rufianes, proxenetas, etc., que ha sacado del trabajo útil para que la ayuden a consumir y derrochar.

El mercado del trabajo estará entonces desbordante y habrá necesidad de imponer una ley de hierro para prohibirlo: será imposible encontrar ocupación para esta multitud humana, más numerosa que los piojos en el bosque y hasta ahora improductiva. Y después habrá que pensar en todos los que proveían a sus necesidades y a sus gustos fútiles y dispendiosos.

En el momento en que los productos europeos se consuman donde se fabrican y no se envíen a la otra punta del mundo, los marineros, los mozos de cordel, los recadistas, los cocheros, deberán empezar a sentarse y a aprender a estar de brazos cruzados.

Los felices habitantes de la Polinesia podrán entregarse entonces al amor libre, sin temer las iras de la Venus civilizada y los sermones de la moral europea. Aún más, para encontrar trabajo suficiente a todos los no-valores de la sociedad actual, la clase obrera deberá, como la burguesía, violentar sus inclinaciones a la abstinencia y desarrollar indefinidamente sus capacidades consumidora.

Dura y terrible será la venganza sobre los moralistas que han pervertido la naturaleza humana; sobre los mojigatos, los farsantes, los hipócritas y «otras sectas de individuos que han hecho uso de máscaras y disfraces para engañar al mundo.

La gran experiencia inglesa, lo mismo que la de algunos capitalistas inteligentes, está ahí, demostrando irrefutablemente que para aumentar la potencia de la productividad humana es necesario reducir las horas de trabajo y multiplicar los días de paga y de fiesta.

Mas si una miserable reducción de dos horas ha aumentado en diez años casi en un tercio la producción inglesa, ¿qué marcha vertiginosa no imprimirá a la producción francesa una reducción de la jornada de trabajo a tres horas?

El sueño de Aristóteles es nuestra realidad. Nuestras máquinas con aliento de fuego, miembros de acero, infatigables, y de fecundidad maravillosa, inagotable, cumplen dócilmente y por sí mismas su trabajo sagrado.

La máquina es la redentora de la humanidad, la diosa que rescatará al hombre de las sórdidas artes y del trabajo asalariado, la diosa que le dará ocios y libertad.